



Ni se parecía a ningún animal que hubiese visto jamás, ni siquiera en algún libro de la escuela. Se parecía aún menos a una persona.

Señor Poc-Poc!

Viernes, 2 de octubre, 1.959, Gallegos

El escándalo en el gallinero despertó a Daida. ¿No habrá entrado el perro de algún vecino?

Saltó de la cama y salió corriendo en camisón. No podían permitirse perder más gallinas; la cosa ya estaba de por sí bastante mal.

Al pasar por la cocina, Daida cogió la sartén. Era lo suficientemente pesada para dejar atolondrado a un perro grande, si le daba con suficiente fuerza.

Pero... ¿Y si no podía darle bien ?

Daida prefirió no pensar en ello mientras corría por el jardín, atravesaba el huerto de las coles y pasaba junto al cerdo. Abrió la puerta de gallinero y se quedó parada con la boca abierta.

No era un perro.

Ni se parecía a ningún animal que hubiese visto jamás, ni siquiera en algún libro de la escuela.

Se parecía aún menos a una persona.

La criatura era de color lila, y un poco más alta que su madre. Pero la mayor parte de aquello no era sólida. Sus tres piernas —si es que eran piernas— parecían tubos huecos de malla de alambre. El cuerpo era del mismo color, pero sólido. Y la cabeza —suponía que era una cabeza porque había una nariz con tentáculos verdosos en medio y una boca debajo— parecía un triángulo ancho, con orejas enormes en cada esquina.

Tampoco tenía ropa, solo un hexágono colgado de una cadena alrededor del cuello, que cacareaba como un pollo. Y a su alrededor algo hacía un ruido como «Poc-Poc-Poc».